

MARINATOS, NANNO (2019). *La Diosa del Sol y la realeza en la Antigua Creta.* /Traducción: Amaya Bozal. Madrid: Machado, 334 págs. ISBN: 9788477743316.

La arqueóloga ateniense Nanno Marinatos, directora del Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad de Illinois, consuma con esta obra una destacada carrera como especialista en el mundo cretense y la religión helénica. Traducido por Amaya Bozal, esta obra es, antes que nada, una historia de la religión minoica. El periodo del que se ocupa se sitúa entre 1650 y el 1390 a.C., final del Minoico Medio y Minoico Reciente, y corresponde al apogeo de esa civilización. Por otro lado, con este volumen Marinatos pretende rendir tributo a su máximo referente intelectual, Sir Arthur Evans, cuyas teorías básicas, en sus criterios más generales, son aquí reivindicadas: “A medida que leía y releía los cuatro volúmenes de *The Palace of Minos*, de Evans, quedaba sorprendida por los increíbles logros de un solo hombre, que analizó (y en cierta medida descifró) todo lo que se supo sobre los minoicos en su tiempo, y que trató de crear una historia coherente a partir de restos materiales, sin ayuda de texto alguno” (15).

De hecho, Marinatos recrimina a los autores modernos haberse distanciado del camino iniciado por Evans. Se lamenta que después de la II Guerra Mundial, la Creta Minoica se convirtió en un apartado más de la historia griega, mientras los mapas del Cercano Oriente dejaron de incluir a la isla en su sistema. En contrapartida, a partir de una clave metodológica que rescata de Evans, uno de los objetivos de este trabajo es “resituar a la Creta palacial en un mapa mental que incluya al Próximo Oriente” (19-20). Esto le permite a Marinatos construir una “nueva lente” para la observación de su objeto de estudio. Tradicionalmente, la lente utilizada para descifrar las imágenes minoicas ha sido la mitología griega. Según la autora este método ha sido insuficiente para explicar sus deidades tal y cómo se contemplan en el arte. Su hipótesis es que la sociedad y religión minoica pueden entenderse mejor si se vincula sus imágenes con una *koiné* visual más extensa, que incluya a Egipto y el Cercano Oriente. Este enfoque interpretativo le permitió avanzar desde su *Minoan Religion* (publicado en 1993) y descubrir la estrecha ligazón entre el sistema cosmológico que representa la religión minoica y la institución de la realeza.

El libro está estructurado en quince capítulos; el primero corresponde la *Introducción* y el último a la *Conclusión*. Los Capítulos 2 a 7 definen una primera parte donde se analiza la relación de la monarquía cretense con sus manifestaciones religiosas. La influencia de Evans en esta parte es notable. En los capítulos 2 y 3 (“El rey y la reina en el arte”; “El rey y la reina como sumos sacerdotes”), Marinatos exhuma la tesis del arqueólogo inglés de una realeza sacra en la Creta del II Milenio

a.C., “consistente con las tradiciones del Antiguo Oriente” (p. 37). Basados en la creencia de que la sociedad minoica no presenta imágenes de reyes mientras que abundan las sacerdotales, muchos académicos han postulado modelos antropológicos asimilables a sociedades tribales.

En este punto, la autora se hace una pregunta fundamental: ¿acaso no existieron representaciones de la monarquía en el arte cretense, o es que no se ha sabido reconocerlas? A partir de un análisis iconográfico que se ubica en el contexto político-religioso del Cercano Oriente, Marinatos sugiere que en las imágenes que aluden a una actividad ritual hallamos figuras reales en su función sacerdotal. Figuras tan notables como el «príncipe de los lirios» y «la sacerdotisa» del sarcófago de Hagia Tríada, son reinterpretados por la autora como representaciones del rey y la reina respectivamente, para quienes la corona de plumas era su signo de identificación.

El mismo modelo interpretativo es utilizado en los capítulos 4 y 5 (“Trono de dioses – Trono de reyes”; “La casa de dios”). A partir de la aplicación de un método, Marinatos concluye que las semejanzas entre la sala del trono minoico y el trono mesopotámico revelan una influencia directa. Sus formas encajan con el modelo de una realeza divina donde reyes y dioses comparten la Casa. A su vez, las iconografías palaciegas del grifo y la palmera que, en el ámbito de Egipto, Siria-Palestina y Anatolia se relacionan con la adoración solar, sugieren que la divinidad residente en Cnosos no sería una diosa de la fertilidad (exclusivamente) sino una “diosa del Sol”. La noción de una divinidad solar que protege al rey, indica la autora, sería absolutamente coherente en este esquema.

Los capítulos 6 y 7 (“¿Quién mira a los dioses cara a cara?”; “Profecía minoica y poder real”) cierran el espacio dedicado a la dimensión religiosa de la monarquía minoica. Aquí, la autora trata el rol de la epifanía y de la profecía (señalados como momentos de intimidad con el dios) en la ideología de la realeza. Para este análisis se basa fundamentalmente en la evidencia iconográfica aportada por los sellos de los anillos hallados en Cnosos.

En la segunda parte del libro (capítulos 8 a 13), Marinatos elabora una reinterpretación de los símbolos religiosos de Creta. En esta parte se diferencia de los postulados de Evans, pero sin perder nunca su respeto proverbial por el arqueólogo británico. En primer lugar, se dedica al desciframiento de los cuatro ideogramas más característicos de la civilización cretense: los cuernos sagrados, la doble hacha, la cabeza bovina y la roseta. Algunas conclusiones de esta parte son interesantes al mismo tiempo que audaces. A partir de estudios precedentes (W.B.

Kristensen; W. Gaerte), concluye que los cuernos no representarían al toro, como indica la visión tradicional, sino una “montaña de picos gemelos” que simboliza los puntos occidental y oriental en el horizonte y define los límites del cosmos. En ese mismo esquema interpretativo, la Doble Hacha representaría al sol naciente.

En segundo lugar, se analizan las creencias sobre “el más allá” (capítulo 11), las características de la Diosa del Sol (capítulo 12) y del Dios de la Tormenta (capítulo 13). En cada análisis, la autora busca resolver los “acertijos” que plantean los distintos escenarios iconográficos donde aparecen cada una de estas figuras. En cada caso, sus conclusiones ponen de relieve la existencia de una poderosa ideología solar que sostenía a la sociedad y, fundamentalmente, a la monarquía minoica. En este sentido, se reinterpreta la noción de la Gran Diosa Madre legada por Evans y que condujo a imaginar una sociedad de rasgos matriarcales. En su fórmula iconográfica, ésta aparece siempre sentada, en un lugar central y de mayor tamaño, con los rasgos femeninos prominentes y frente a una figura masculina. Marinatos sugiere que esa divinidad es la diosa del Sol tomada del Oriente Próximo, mientras que su contracara es el dios de la Tormenta o, su homólogo humano, el rey. En esta reinterpretación, “la designación de «Gran Diosa» es correcta; sin embargo, no implica necesariamente un matriarcado. Esta hipótesis no sólo es ahistórica, sino que debilita el papel del rey, que, como hijo ficticio de esta diosa, es el protagonista oculto del paradigma mítico” (p. 245).

En el capítulo 14, Marinatos explica el marco epistemológico aplicado a lo largo del trabajo. Como analista de la religión, comprende a este fenómeno como un “sistema dinámico”. Análogamente a las especies biológicas, una religión puede compartir una misma “piscina genética” con otras, lo que puede generar una cadena de rasgos compartidos. “En cualquier caso, afirma la autora, el tópico de que la religión es conservadora debe ser revisado y quizás abandonado por completo” (p. 287). Por esta razón, para el desciframiento y análisis iconográfico de los símbolos religiosos cretenses, Marinatos eligió el camino interpretativo que implica vincular a la sociedad y política minoica con la *koiné* cultural conformada por el Cercano Oriente y Egipto del II Milenio a.C.

En su conclusión (Capítulo 15), Marinatos resume puntualmente los hallazgos realizados a lo largo de esta trayectoria analítica y hace explícita la deuda intelectual que abrió su camino interpretativo: “la intuición de Evans sobre la naturaleza de la teocracia de la Creta minoica estaba plenamente justificada. A él debemos la primera noción, históricamente correcta, de la realeza sagrada minoica” (p. 300). Quienes preferimos ir despacio en el proceso del descubrimiento histórico, nos hallamos entonces frente a un libro que en algunas de sus proposiciones puede

resultar aventurado. No obstante, veintitrés páginas de bibliografía ponen de relieve la impresionante erudición de la autora, muy necesaria para una obra de este alcance. Su recorrido, que nace en los trabajos fundacionales de Evans, nos abre también la puerta al conocimiento de los últimos descubrimientos. Tal vez, una de las mayores fortalezas de este trabajo sea la manera de presentar, ordenada y generosamente, una brillante selección de evidencia iconográfica vinculada a la civilización minoica. Este es un trabajo que abunda en teorías, pero también en evidencias. Sin dudas, un libro provocativo y controversial.

JUAN PABLO ALFARO
Universidad Católica Argentina